

§ 124.

La posición del diablo en la Historia de la Salvación

1. El diablo odia a Dios, vive en el odio a Dios, o sea odia a la Bondad en persona. Por eso no puede amar nada y a nadie. El diablo, al odiar al hombre odia en él a Dios, al Creador y al Santo. Se esfuerza por separar al hombre de Dios para llevarlo a un estado de apartamiento de Dios. El diablo combate el Reino de Dios, el poderío de Dios, incondicionadamente. No hay solamente un poder impersonal malo; existe también un ser personal cuyas intenciones son radicalmente malas y que quiere el mal por amor del mal.

El pecado ha entrado en el mundo traído por el hombre, habiendo sido seducido éste por el diablo envidioso (*Rom.* 5, 12: *Sap.* 2, 24); en definitiva es, pues, el diablo, el origen del pecado. Del pecado se derivan la muerte y las funestas secuelas de la muerte. Todo pecado radica en el primer pecado, remontando, por consiguiente, hasta la seducción diabólica. Todo pecado está, pues, en relación con el diablo. En todo pecado, el hombre se deja influenciar por el seductor original.

Todo pecador, al pecar, se pone del lado de los enemigos de Dios, siendo el diablo el primero de ellos. El pecador se somete al diablo cuando deja de obedecer a Dios. El hombre no puede salir de la siguiente alternativa: o se somete a Dios o queda sometido al diablo. "...cuando ellos son esclavos de la corrupción, puesto que cada cual es esclavo de quien triunfó en él" (*II Pet.* 2, 19). El diablo puede considerar al pecador como ser semejante a él y como obra suya. El diablo es el señor del mundo pecador (*Eph.* 2, 1 y sig.), el príncipe de este mundo (*Io.* 12, 31), hasta es el dios de este mundo (*II Cor.* 4, 4). Este mundo está sometido a su dominio (*Apoc.* 12, 7). El diablo es el señor del mundo del pecado, de la muerte y de la enfermedad, es decir, del mundo de la discordia, de la desgracia, del odio, de lo absurdo, de la injusticia (*Hebr.* 2, 14). Los hombres de las tinieblas, del odio, del egoísmo son hijos suyos (*I Io.* 3, 8, 10; *Io.* 8, 12).

El Concilio de Trento ha definido el señorío del diablo sobre el mundo en sus explicaciones relativas al pecado original y a la

justificación (sesiones 5 y 6, D. 788, 793). Cuando se dice que el diablo es el señor de este mundo, hay que guardarse bien de pensar que es señor del mismo modo que lo es Dios. Dios y el diablo no se hallan el uno frente al otro en el mismo plano. También el diablo es una criatura divina y, por consiguiente, depende de Dios, que es también el señor de este "señor".

2. En cuatro pasajes habla el AT de la actividad del diablo, considerado como *enemigo de Dios y de los hombres*. Con más claridad que en ningún otro libro del AT se habla del diablo en el libro de Job. En la asamblea reunida ante Dios (cap. 1 y 2) pregunta Dios por su servidor Job y le alaba a causa de su piedad. A Satanás, que asiste a la asamblea, no le hace gracia alguna la piedad de Job. Se enorgullece de poder seducir a Job, cuya piedad es puro egoísmo e hipocresía. Pide a Dios que le permita disponer de la propiedad y salud de su favorito. Dios le da los correspondientes poderes, y el diablo se apresura a poner en práctica su plan. Esto es todo lo que el libro de Job dice sobre la actividad del diablo. En el ulterior transcurso de la narración, las penalidades que tiene que sufrir Job son pruebas enviadas por Dios. La conversación entre Dios y Satanás, es, naturalmente, una mera figura poética. Lo decisivo es lo siguiente: Satanás quiere demostrar que la piedad de Job no es sincera. Con ello ha de quedar demostrado que no hay verdadero temor de Dios. Las tribulaciones son medios que han de servir para seducir a Job a rebelarse contra Dios y a apartarse de Él. Si se consigue esto, Dios quedará humillado, por decirlo así, quedará demostrado que Dios se había equivocado al pensar bien de Job. Se ha de demostrar que lo que Dios considera como verdadera piedad no es más, en realidad, que puro egoísmo. El diablo es, pues, un enemigo encarnizado de Dios y por eso también un enemigo del hombre.

Mientras que en el libro de Job Satanás se propone derrumbar la virtud, en *Zac.* 3, 1 y sigs., se esfuerza por impedir el perdón del hombre pecador. El sumo pontífice Josué, en su calidad de representante de la comunidad pecadora, se halla postrado ante el ángel del Señor, ataviado de vestidos sucios. Según lo que Dios ha decretado, la comunidad ha de ser purificada de sus pecados. Para simbolizar la purificación, Josué se pondrá una vestidura nueva. Satanás se esfuerza por impedir la purificación. Pero Dios le reprende y, efectivamente, perdona a la comunidad pecadora. Aquí Satanás aparece como enemigo del Dios bondadoso y misericor-

dioso, y, por lo tanto, como enemigo de la comunidad, del pueblo, del sacerdocio, mediante el cual ha de manifestarse la gracia de Dios. Pero también aquí vemos que el poder de Dios es infinitamente superior al del diablo. Satanás tiene que acatar la voluntad del Dios que le reprende.

El libro de la Sabiduría (2, 23 y sig.) hace referencia a los comienzos de la historia humana. "Porque Dios creó al hombre para la inmortalidad y le hizo a imagen de su naturaleza. Mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo y la experimentan los que le pertenecen." Este pasaje es una explicación de *Gen. 3*. Se nos cuenta allí que un poder malo y sobrehumano, la serpiente, seduce al hombre. Pero su actividad sobrepasa las capacidades de una serpiente. Tras la culebra se oculta un seductor, totalmente semejante a Satanás en lo que concierne a su naturaleza, carácter e intenciones. La serpiente miente y calumnia lo mismo que Satanás. Infunde desconfianza y siembra confusión. Dios había prohibido que el hombre comiese del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal; la serpiente habla de que Dios prohíbe comer de cualquier árbol del paraíso. Con su mentira complica la situación, y miente, mezclando la verdad con la mentira, fundándose ahí el éxito de sus mentirosas insinuaciones. Insinúa que Dios, guiado por intenciones engañosas y egoístas, ha ocultado a Adán y Eva los buenos resultados que producirá el comer del fruto del árbol prohibido. Con intrigante ambigüedad les dice que al comer del fruto prohibido se les abrirán los ojos. Excita y halaga su sentimiento de autonomía prometiéndoles que serán iguales a Dios. El que el diablo aparezca en esta narración bajo la forma de serpiente, se deberá al hecho de que este animal, debido a sus movimientos rastreros y disimulados se adapta bien para simbolizar la malicia y falsedad del seductor.

3. a) La lucha del diablo contra el Reino de Dios, contra el poderío de Dios en la Creación, contra el amor y la fe del hombre va aumentando *en fuerza y encono según que se va acercando el momento en que el Reino de Dios entrará con Cristo en la Historia*. Desde el momento de la encarnación de Cristo se convierte en lucha personal contra Cristo. El diablo se esfuerza por destruir a Cristo y su obra valiéndose para ello de medios tales como la *astucia, la falsedad, la mentira y, finalmente, la fuerza bruta*. Cristo ha venido al mundo para aniquilar la obra del diablo (*I Io. 3, 8*). Cristo no está sometido a su poderío (*Io. 14, 30*), por eso, la

venida de Cristo significa para él la ruina total (Io. 16, 11). El diablo sabe que ha llegado la hora de su derrota (Mc. 23-28). Los malos espíritus saben lo que significa la venida de Cristo. Presienten quién es Cristo, notan oscuramente que ha llegado la hora en que terminará el dominio de la maldad (Mc. 1, 34, 39; 3, 11 y sig.; 5, 1-12; 7, 24-30; Mt. 8, 16; 8, 28-34; 9, 32 y sig.; 15, 21-28; Lc. 6, 18). Es cierto, no obstante, que Jesús se opone a que su dignidad y misión sean anunciadas por espíritus malos, no quiere salir de la oscuridad sirviéndose de este sensacional medio (Mc. 1, 34), no quiere servirse del diablo, que cree en Dios, es verdad, pero que tiembla ante Él y le odia (Sant. 2, 19).

Los espíritus malos tratan de defender su señorío esforzándose por inducir a Cristo a que renuncie a su misión. Cuando Cristo se prepara en el desierto para comenzar su actividad pública, el seductor se acerca a él (Mc. 1, 24 y sig.). En la *primera tentación* (Mt. 4, 3 y sig.; Lc. 4, 3 y sig.), el diablo trata de aprovecharse de la difícil situación en que se hallaba Cristo después de cuarenta días de ayuno: Cristo tenía hambre. Satanás le dice: "Si es verdad que eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan." El diablo no incita a Cristo a que satisfaga el hambre. La satisfacción de necesidades corporales no es una acción mala. La tentación diabólica consiste en el hecho de que el diablo quiere moverle a que se sirva de su misión, de su poder humano-divino, conferido para la salvación del hombre, para satisfacer necesidades propias, terrenas, corporales; lo que el diablo pretende es, pues, que Cristo abuse de esa misión y de ese poder para ayudarse a sí mismo. En su respuesta, Cristo afirma categóricamente que no quiere poner su misión al servicio de fines terrenos. La palabra de Dios, que él ha de anunciar, tiene la primacía con respecto a todo lo humano. En la *segunda tentación* (Mt. 4, 5-7; Lc. 4, 9-13), el diablo incita a Jesús a que haga un milagro espectacular, insinuándole que se arroje desde lo alto del templo. El diablo hace referencia a la Sagrada Escritura: "A sus ángeles encargará que te tomen en sus manos para que no tropiece tu pie contra una piedra." Poco le importa al diablo citar un piadoso dicho. Cita palabras divinas para seducir a Cristo a que peque contra Dios. El diablo quiere que Cristo gane la voluntad del pueblo manifestando su poder mediante un hecho maravilloso. El diablo se sirve de palabras de la Sagrada Escritura y adopta una actitud fingidamente piadosa, señalando a Cristo un modo fácil de conquistarse las simpatías de la multitud, siempre amante de lo

sensacional y espectacular: en eso consiste la tentación. El diablo pretende que Jesucristo haga un milagro para que las masas crean en su mesianidad. Cristo rechaza las pretensiones del diablo: "También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios." Los procedimientos insinuados por el diablo entusiasmarían momentáneamente a las masas, pero no las convencerían. Hubiesen sido un modo falso de anunciar la palabra de Dios, no hubiesen producido verdadera conversión y renovación, actitudes estas que presuponen la existencia de actos de arrepentimiento y penitencia realizados bajo el impulso de la conciencia y del sentimiento de responsabilidad. En la *tercera tentación* (Mt. 4, 8-11; Lc. 4, 5-8), el diablo muestra a Jesucristo la gloria y poder de este mundo y promete entregárselo todo si cayendo de rodillas le adorase. En las otras tentaciones, Satanás finge una actitud de piedad, en la tercera se aparece como señor de la tierra. Esta tentación es la que en más viva contradicción está con la misión de Cristo, que ha venido precisamente al mundo para erigir un reino de esplendor y gloria. Pero su reino no es de este mundo (Io 18, 36). Esto explica la violencia de su respuesta. Lo que el diablo le propone está en absoluta contradicción con su misión. El diablo ya no le propone que instaure el reino de Dios sirviéndose de medios humanos, quiere que lo substituya por un reino de este mundo, que trueque a Dios por la Creación, que ponga al diablo en el lugar que le corresponde a Dios.

Sólo en otra ocasión Cristo ha rechazado una tentación con parecida violencia, cuando Pedro quiere inducirle a que renuncie al dolor, es decir, a que renuncie a ir por el camino salvador querido y elegido por el Padre (Mt. 16, 23). Rechaza las insinuaciones de Pedro con la misma violencia con que ahora rechaza y ahuyentar al diablo: "¡Retírate de mí, Satanás!"

Cristo ha superado, pues, las tentaciones con que el diablo quería inducirle a que renunciase a su misión. No obstante, la lucha con el diablo se prolonga a lo largo de toda su vida. Desde el principio era una cosa segura la victoria de Jesucristo. Como el rayo ha caído Satanás del cielo (Lc. 10, 17 y sigs.). Ha llegado la hora en que es arrojado (Io. 12, 31). Aun más, ha sido ya juzgado (Io. 16, 11). También los discípulos, que participan en la misión de Cristo, pueden dominar a los demonios en su nombre (Mc. 3, 15; 6, 7, 13; Mt. 10, 1, 8). Cuando Cristo envía a los doce concediéndoles poder sobre los espíritus malignos, manifiesta que sin ese poder no se podría anunciar el Reino de Dios, así como no existe tal poder sin la anunciación que le interpreta (E. Lohmeyer, *Das Evangelium*

des Markus, 1937, 113). Pero el ejercicio de este poder no es un signo de la propia salvación (*Lc.* 10, 20). Muchos espíritus sólo pueden ser expulsados mediante el ayuno y la oración (*Mc.* 9, 29; *Mt.* 17, 21; *Lc.* 9,40).

b) La diabólica destrucción de los órdenes no queda limitada al sector de lo psíquico, sino que se extiende también a la *esfera de lo corporal*. Cristo enseña que no solamente el odio, el egoísmo y la mentira son obra del espíritu maligno, sino también las enfermedades. No dice que todas las enfermedades y desgracias sean obra del diablo. Pero la existencia de un mundo en el cual hay enfermedades y toda clase de miserias viene de la tentación de Satanás. El dominio del diablo sobre el hombre alcanza el grado supremo en los posesos, en quienes paraliza la voluntad y actividad humana. Los posesos se hallan bajo el dominio de poderes extraños que tratan de perjudicarles por todos los medios posibles. En los posesos habita el diablo de modo que frente a ellos Cristo se halla cara a cara con su enemigo. Este trata de enfren-tarse, grita y suplica. Pero Jesús manda a los espíritus malos que salgan de los posesos, y los espíritus le obedecen. Jesucristo es más poderoso que ellos, es el Señor, ante quien tienen que doble-garse todas las criaturas, aún las pecadoras, aún las que le odian encarnizadamente.

En *Mc.* 5, 1-20; *Lc.* 8, 26-39 encontramos la más viva y a la vez terrible descripción de una expulsión de los demonios. El poseso de Gerasa presentaba un aspecto miserable y horrible. Vivía entre los sepulcros y ni aun por medio de cadenas podía ser sujetado. De día y de noche permanecía entre los sepulcros y por los montes, gritando y golpeándose con piedras. Las costum-bres de los posesos nos indican de qué modo ejerce el diablo su actividad. El hombre que se aparta de Dios pierde su propio ser, imagen y semejanza de la divinidad, y vive una vida indigna del ser humano. El que se aparta de Dios, se aparta de la fuente de la vida. Símbolo de este apartamiento es el vivir entre sepulcros. El que se aparta de Dios se separa también de la comunidad hu-mana, cuyo fundamento es Dios, y tiene que vivir, por eso, en absoluta soledad (Véase P. Schütz, *Das Evangelium den Menschen von heute erzählt*, 1939). Satanás le atormentaba terriblemente. No solamente un diablo, una legión de diablos se había apoderado de él. Pero he ahí que el poseso corre hacia Jesús: e inmediatamente el poder diabólico se convierte en impotencia. Los diablos tienen

que huir y, como signo de su impureza, entraron en los puercos que había por allí. La presencia de Jesucristo hace desaparecer toda impureza y maldad. "Cuando un fuerte, bien armado, guarda su palacio, seguros están sus bienes; pero si llega uno más fuerte que él, le vencerá, le quitará las armas en que confiaba y repartirá sus despojos" (Lc. 11, 21-23). Véase Mc. 7, 24-30 (= Mt. 15, 21-28; Mt. 9, 32-34; 8, 16; 12, 22-37) (= Lc. 11, 14-23; Lc. 4, 41; 8, 2; 16, 9; 13, 10-17).

Las expulsiones de los diablos no deben ser consideradas como triunfo del poder externo sobre la debilidad externa, del poder natural sobre la impotencia natural, sino como triunfo del bien sobre el mal, del amor sobre el odio. El odio, la impureza, el egoísmo no pueden subsistir en el fuego del amor, en la luz de la pureza. La luz expulsa las tinieblas. Con todas sus fuerzas, con toda la abnegación de su bondadoso corazón, Cristo lucha contra los espíritus que quieren y buscan el mal con todas las fuerzas de su yo. Se ha interpretado la actitud de Cristo como acomodación a las ideas del tiempo o como signo de deficientes conocimientos médicos. Es cierto que las posesiones presentan los mismos signos que una serie de determinadas enfermedades. Con sólo los medios naturales no siempre será posible trazar una frontera entre esas enfermedades y las posesiones diabólicas. Las observaciones naturales no bastan para constatar con toda seguridad la existencia de posesiones. Pero para el creyente, Cristo es la norma del pensamiento y del juicio. Por extrañas que a primera vista puedan parecerle las expulsiones de diablos, somete su juicio al de Cristo, que es el fundamento de su existencia, de su pensamiento y de sus valoraciones. No se puede hablar de una acomodación de Cristo a las demonologías míticas del tiempo, puesto que la lucha contra los demonios es una de las actitudes fundamentales de Cristo. Esa lucha es uno de los elementos esenciales de su vida. Siempre de nuevo declara Cristo que no solamente anuncia una doctrina, señala un camino y trae vida nueva, sino que además tiene que quebrantar un poder personal que lucha contra Dios. El que tomamos o no en serio las expulsiones de los diablos depende de si tomamos o no en serio a Jesucristo. Véase R. Guardini, *El Señor*, Rialp, 145-153.

c) Cristo es el enemigo y el vencedor del diablo, por eso tiene que luchar contra todos los esclavos y siervos del diablo. El diablo dispone de muchos *representantes terrenos*. Los escribas y los fari-

seos y todos los engañados por ellos *tienen* que rechazar a Jesucristo porque son hijos del diablo (*Io.* 8, 44). El diablo siembra la incredulidad en sus corazones, endurece su corazón. Más aún, el diablo es profeta y padre de la mentira (*Io.* 8, 44), ciega y confunde sus espíritus hasta el punto de que según ellos Cristo es un diablo, y sus palabras no serán sino blasfemias e insinuaciones diabólicas (*Io.* 7, 20). Jesús reprocha a los judíos su vida pecaminosa, la superficialidad de su religiosidad, les dice que es su vida y su salud; y los judíos replican que Jesús está poseído por los diablos (*Io.* 8, 48, 52) y que no se debe escucharle (*Io.* 10, 20).

Satanás llega al colmo de su actividad engañosa cuando convence a los que le siguen de que por amor a Dios, por amor al orden decretado y revelado por Dios, tienen que rechazar a Jesús. En este caso el diablo mismo finge ser el guardián y defensor de santas revelaciones divinas. Hasta qué punto el diablo puede engendrar confusión en los espíritus, hasta qué punto está amenazado por el peligro de escandalizarse de Cristo el que no vive en el amor sino que se halla dominado por el diablo, lo pone de manifiesto el hecho de que los judíos, sin negar las expulsiones de diablos ejecutadas por Cristo, las atribuyen a una alianza con los diablos. En *Mt.* 12, 22-32 leemos lo siguiente: “Entonces le trajeron un endemoniado ciego y mudo, y le curó, de suerte que el ciego hablaba y veía. Se maravillaron todas las muchedumbres y decían: “¿No será éste el Hijo de David?” Pero los fariseos, que esto oyeron, dijeron: “Este no echa los demonios sino por el poder de Belzebu, príncipe de los demonios”. Penetrando en sus pensamientos, les dijo: “Todo reino en sí dividido será desolado, y toda ciudad o casa en sí dividida no subsistirá. Si Satanás arroja a Satanás está dividido contra sí; ¿cómo, pues, subsistirá su reino? Y si yo arrojo a los demonios con el poder de Belzebu, ¿con qué poder los arrojan vuestros hijos? Por eso serán ellos vuestros jueces. Mas si yo arrojo a los demonios con el espíritu de Dios, entonces es que ha llegado a vosotros el reino de Dios. ¿Pues cómo podrá entrar uno en la casa de un fuerte y arrebatarse sus enseres si no logra primero sujetar al fuerte? Ya entonces podrá saquear su casa. El que no está conmigo está contra mí, y el que conmigo no recoge, desparrama” (*Mt.* 12, 31-32). “Por eso os digo: “Todo pecado y blasfemia les será perdonado a los hombres; pero la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. Quien hablare contra el Hijo del hombre será perdonado; pero quien hablare contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en este siglo ni

en el venidero." Cristo acentúa aquí ser el enemigo radical e incondicional de Satanás. Entre ambos, nada hay de común. Si los fariseos no lo ven, es porque están obcecados y a causa de su necesidad. Sólo un necio puede desconocer la diferencia que hay entre el Reino de Dios y el reino de Satanás. Es además un signo de condenación. Cristo es la manifestación del amor de Dios, la revelación de la bondad divina; ante él huyen los espíritus malos e impuros porque no pueden tolerar su presencia. El que dice que Jesucristo es malo e impuro, el que se atreve a decir que está en unión con los diablos, manifiesta que su corazón ha llegado al empedernimiento final, de tal modo que queda descartada toda posibilidad de salvación. Véase también *Mc.* 3, 22-30; *Lc.* 11, 14-23; *Mt.* 9, 34. Véase R. Guardini, *El Señor*, 145-153. El diablo muestra el grado supremo de su astucia y malicia cuando por medio de sus servidores acusa a Cristo de ser un esclavo del diablo, a Cristo que ha venido al mundo para cumplir y revelar la voluntad del Padre. Los escribas y fariseos, los representantes oficiales del pueblo que habían sido elegidos para ser mensajeros de la Revelación sobrenatural consumada en Cristo, se sirven de esa acusación para lograr que Jesucristo sea condenado a morir en la cruz (*Io.* 8 con 11, 50 y sigs.). Los hombres han crucificado a Jesucristo, pero es otro el promotor de este terrible hecho. Tras las personas activas al exterior se oculta el funesto personaje que las dirige. Satanás, que desde el principio fué un asesino y un mentiroso (*Io.* 8, 44), entró en Judas Iscariote y le sedujo a traicionar a Jesús (*Lc.* 22, 3; *Io.* 13, 27; 6, 70).

Stauffer (*Theologie des Neuen Testaments*, 103 y sig.; sobre las excelencias de esta obra protestante, al mismo tiempo liberal y ortodoxa, véase por ejemplo, J. Schmid, "Theologische Revue", 1949, núm. 2, y P. Gaechter. S. J., en "Zeitschrift für katholische Theologie", 70, 1948 101-107) resume de la siguiente manera la lucha de Satanás contra Cristo: "Por eso (porque en Cristo ha comenzado ya el reinado de Dios), el enemigo, que no ha olvidado su vieja enemistad contra Dios y todo lo divino (*Gen.* 3, 15; *Act.* 12, 9), por eso, repito, el "viejo dragón" se prepara ahora a dar el contragolpe decisivo (*Act.* 12, 9 y sigs.). Pone todo y a todos en movimiento contra Cristo. El soberano persigue a su súbdito (*Mt.* 2, 16 y sigs.; *Lc.* 13, 1; 23, 11), los piadosos, los teólogos, los sacerdotes, le acusan, los propios discípulos le traicionan, el pueblo arroja piedras contra él (*Io.* 8, 59; 10, 31), el juez romano le condena (*Mt.* 27, 19 y sigs.). Los motivos de esta general enemistad son en cada caso distintos, la incondicionalidad de esta enemistad es en todos los casos la misma. Enemigos personales se ponen de acuerdo para luchar contra Cristo (*Lc.* 23, 12). Se ha formado un frente homogéneo sólo sostenido por el deseo de combatir a Cristo. "No a ese, sino a Barrabás" (*Mt.* 15, 11). ¿A qué se debe esta unánime y encarnizada

enemistad? Es el espíritu del contradictor el que se manifiesta en ellos, responde el NT (*Lc.* 22, 3); (*Io.* 1, 5; 10 y sig.; 6, 70; 17, 12). Jesús mismo se lo dice cara a cara a sus enemigos en *Lc.* 22, 53: "Esto es... el poder de las tinieblas". Pero los ataques dirigidos por el contradictor contra la vida de Cristo no son nada comparados con los asaltos con que pretende subyugar su voluntad. Este es el punto donde la serpiente, la que seduce a todo el mundo (*Act.* 12, 9), concentra todo su poder, inteligencia y astucia. Tres veces, según los sinópticos, Satanás ha tratado de engañar a Cristo y de quebrantar su fuerza de voluntad. Por primera, al comienzo de su camino; por segunda vez, en la mitad del camino; y al fin del camino por tercera y última vez. *Io.* 14, 10 hace el resumen: Cristo es el primero y el último que no ha sido seducido por las tentaciones de la serpiente, que no tendrá que avergonzarse cuando aparezca el juez que nos acusa día y noche (véase *Io.* 8, 46). Han fracasado los ataques del contradictor. Ha quedado decidido cuál va a ser en el futuro el camino de la Historia, y el lugar de esa decisión es la voluntad de Jesús, en definitiva, la oración de Getsemaní."

d) Al morir Jesús, Satanás parece haber confirmado su poder, hasta parece que ese poder queda para siempre asegurado. Pero la *aparente derrota de Jesucristo se convirtió en verdadera victoria*. Cristo tomó sobre sí la muerte y su muerte fué sacrificio y expiación. En un misterioso entrelazamiento de libertad y necesidad, su muerte fué un acto libre, un acto libre del amor. El amor venció al odio. La muerte es la suprema prueba de amor a Dios y al hombre (*Io.* 13, 1; *Lc.* 23, 34). Así como Jesucristo no se apartó ni un paso de la senda de su misión, del mismo modo no pudo ser seducido a pagar con odio el odio, a oponer violencia a la violencia, a luchar con engaños y astucia contra la mentira y la falsedad. La cruz de Cristo resplandece en el fuego del amor victorioso. Véase el tratado sobre la redención.

Stauffer escribe: "Jesús rechaza al seductor y combate a los demonios. ¡Pero también la lucha contra los poderes diabólicos tiene su tentación! Es la vieja tentación de los que expulsan a Satanás con Belzebu, la desgracia con la desgracia, la culpa con la culpa, al demonio con otro demonio. En tales casos cambian las formas del mal, pero sigue subsistiendo el estado de precariedad, hasta empeora y se hace más crítico (véase *Lc.* 11, 24 y sigs.). Los fariseos acusan a Jesús de que ha sido víctima de esta tentación y de que arroja a los demonios con la ayuda del príncipe de los demonios (*Mc.* 3, 22). Pero Jesús ha rechazado esta tentación al comienzo de su camino, de una vez para siempre (*Mt.* 4, 8 y sigs.). Ha comenzado a andar por un nuevo camino de la actividad histórica, por primera vez en la Historia, por el camino de la radical renuncia a toda clase de medios diabólicos. La obra de Dios ha de llevarse a cabo exclusivamente con la ayuda de fuerzas divinas para que el resultado sea efectivamente obra de Dios, por primera vez y definitivamente, una obra en que nada sea debido al demonio de este mundo. Por eso fué Jesucristo más fuerte que el fuerte, cuyo diabólico puño aplasta con su peso al mundo y a la Historia (*Lc.* 11,

22). Por eso, Jesús puede ahora luchar contra él, contra el príncipe de los demonios. Encadena al fuerte en su propia casa y saquea luego la casa, y no hay poder alguno en este mundo que pueda impedirselo (Mc. 3, 27). Porque Cristo no lucha con armas que le haya prestado su diabólico enemigo. Contra el arma que él blande, el enemigo no puede oponer veto alguno. Tenemos aquí, en vías de construcción, una obra contra la cual se dirige todo el furor del contradictor (Act. 12, 4). Sin duda alguna es Dios quien construye aquí. Trabaja aquí alguien que puede hacer frente al contradictor. "¿Quién es éste?" (Mc. 4, 41). Ningún hombre del mundo entero y de la Historia; Dios solamente puede oponerse y vencer al contradictor."

Por eso es Cristo quien instaura el reinado de Dios. Desde ahora en adelante, el diablo es el jefe de un ejército derrotado. "... perdonándoos todos vuestros delitos, borrando el acta de los decretos que nos era contraria, que era contra nosotros, quitándola de en medio y clavándola en la cruz; y despojando a los principados y a las potestades, los sacó valientemente a la vergüenza triunfando de ellos en la cruz" (Col. 2, 13 y sigs.). "Pues como los hijos participan en la sangre y en la carne, de igual manera él participó de las mismas, para destruir por la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, el diablo, y librar a aquellos que por temor de la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre" (Hebr. 2, 14 y sigs.). El diablo puede *seguir esforzándose por destruir la obra de Cristo*. Pero su poder sólo puede tener eficacia cuando encuentra el apoyo de la voluntad humana. Contra el corazón amante, humilde y sincero no logrará nunca vencer. También puede seguir sirviéndose de hombres malos como de instrumentos para atribular a los fieles. Puede tratar también de impedir la eficacia de la obra de Cristo con respecto a los individuos o en lo que respecta a comunidades enteras, incitándolos a que se escandalicen de Cristo. Como quiera que Cristo y su obra siguen viviendo en la Iglesia, el diablo proseguirá la lucha contra Cristo *bajo la forma de lucha contra la Iglesia*, ya sea que la combata *desde dentro*, por decirlo así, incitándola a no cumplir su misión, la cual consiste en servir a la salvación de las almas mediante la predicación de la palabra y la administración de los santos sacramentos (ésta es la más grave de todas las tentaciones; véase el tratado sobre la Iglesia), o seduciéndola a que al cumplir su misión confíe más en medios terrenos que en la fuerza propia del Evangelio (Rom. 1, 16), ya sea que la acose *desde fuera*, tratando de ponerle obstáculos para que no pueda cumplir su misión.

e) En el NT se describen *estas dos clases de ataques diabólicos*. El diablo ciega a los hombres para que no vean la glo-

ria de Cristo y para que no se conviertan a la fe en Cristo (*II Cor.* 4, 3 y sigs). La infidelidad es comunidad con el diablo, del mismo modo que la fe es vida de comunidad con Cristo (*II Cor.* 6, 4-16). Tras los cultos paganos se ocultan los demonios. El que toma parte en ellos se une con los demonios (*I Cor.* 10, 20; véase § 29; véase *Apoc.* 9, 20). Barjesus, un judío de Chipre, mago y falso profeta, procuraba apartar de la fe al procónsul. San Pablo, lleno del Espíritu Santo, aniquila la fuerza diabólica que en él habitaba. “¡Oh lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿No cesarás de torcer los rectos caminos del Señor? Ahora mismo la mano del Señor caerá sobre ti y quedarás sin ver la luz del sol por cierto tiempo.” Inmediatamente se vió envuelto de oscuridad, y el procónsul, convencido por este prodigio, se convirtió a la fe en Cristo (*Act.* 13, 10-12). El diablo arranca de los corazones la semilla de la palabra de Dios, de modo que no puede echar raíces ni producir frutos. Impide que los hombres puedan comprender la palabra de Dios (*Mt.* 13, 19; *Mc.* 4, 15; *Lc.* 8, 12). Se esfuerza por entrar de nuevo en los corazones de los que le han sido arrebatados. Es el enemigo; da vueltas sin cesar bramando como un león y buscando a quien devorar (*I Pet.* 5, 8).

San Pablo teme que el diablo tienta a los tesalonicenses y haga vana su labor, lo mismo que le ha impedido ir a Tesalónica (*I Thess.* 3, 5; 2, 18). Satanás no cesa de sembrar malas semillas en los corazones de los hombres (*Mt.* 13, 37-39), para poder entrar de nuevo en los hombres (*Mt.* 12, 43-45). Los falsos maestros son sus instrumentos (*II Tim.* 2, 26). Los profetas falsos son servidores de Satanás (*II Cor.* 11, 13 y sigs). El diablo seduce los corazones de Ananías y Safira para que mientan (*Act.* 5, 3). Trata de destruir el matrimonio (*I Cor.* 7, 5). Excita la lascivia (*I Tim.* 5, 15), el orgullo (*I Tim.* 3, 6 y sigs.), el desenfrenado deseo de riquezas (*I Tim.* 6, 8), el odio (*I Io.* 3, 10; *II Cor.* 2, 10 y sigs.). Quiere cribar a los Apóstoles (*Lc.* 22, 31) y se esfuerza por introducir en la Iglesia escisiones y perturbaciones (*Rom.* 16, 20). Es él causa de la enemistad y de la ira (*II Cor.* 2, 11; *Eph.* 4, 27). San Pablo experimenta extraños fenómenos psíquicos-corporales causados por Satanás (*II Cor.* 12, 7). Sus procedimientos son siempre idénticos: “La venida del inocuo irá acompañada del poder de Satanás, de todo género de milagros, señales y prodigios engañosos y de seducciones de iniquidad para los destinados a la perdición por no haber recibido el Amor de la verdad que los salvaría. Por eso Dios les

envía un poder engañoso, para que crean en la mentira y sean condenados cuantos, no creyendo en la verdad, se complacen en la iniquidad" (*II Thess.* 2, 9-12). En *II Cor.* 11, 13-15: "Pues esos falsos apóstoles, obreros engañosos, se disfrazan de apóstoles de Cristo; y no es maravilla, pues el mismo Satanás se disfraza de ángel de la luz. No es, pues, mucho que sus ministros se disfrazen de ministros de la justicia: su fin será el que corresponde a sus obras." También el cristiano está sometido a los ataques y persecuciones de Satanás. Tiene, pues, que contar no sólo con el mal que se deriva de la libertad del hombre y con la inclinación al mal derivada del pecado del individuo y de todo el género humano, sino también con un ser personal malo, que quiere y busca el mal por amor al mal. Tiene que contar con esta funesta fuerza y tiene que combatirla (*Eph.* 6, 11), no mediante poder externo, sino por medio de la vigilancia y de la oración (*I Pet.* 5, 8 y sigs.). Y el hombre necesita, efectivamente, del don de discernimiento de los espíritus otorgado por el Espíritu Santo para conocer con seguridad si una figura luminosa es mensajero de Dios o aparición de Satanás, si una aureola de santidad es verdad o engaño (*I Cor.* 12, 10). El semblante y la actividad del santo y del diablo pueden parecerse tanto que sólo con grande dificultad podemos distinguirlos.

Al fin de los tiempos, el diablo intentará un último y supremo esfuerzo. Le será permitido instaurar un corto y aparente dominio sobre el mundo. Desarrollará tal pompa y tales artificios de seducción que aun los hombres de buena voluntad se sentirán inclinados a apostatar (*I Tim.* 4, 1; *Ap.* 12, 16, 13 y sigs., 19; 20). Pero Cristo descenderá entonces del cielo, a modo de rayo, y destruirá para siempre el reino de Satanás (*Ap.* 20, 11-21 y sigs.). Véase *Mt.* 25, 41. Quizá hayan de pasar todavía innumerables días y siglos, pero ante los ojos de Dios *no tardará* en llegar el momento en que El, el Dios de la paz, aplastará para siempre a Satanás (*Rom.* 16, 20). Véase el tratado sobre la segunda venida de Cristo.

f) A pesar de estas y otras muchas amonestaciones, puede decirse que, según el NT, el diablo no juega un papel de mayor importancia en la vida de los cristianos. El que cree en Cristo ha sido arrebatado a su poderío. San Pablo escribe a los efesios: "Y vosotros estabais muertos por vuestros pecados y delitos, en los que en otro tiempo habéis vivido, siguiendo el espíritu de este mundo, bajo el príncipe de las potestades aéreas, bajo el espíritu que

actúa en los hijos rebeldes; entre los cuales todos nosotros fuimos también contados en otro tiempo y seguimos los deseos de nuestra carne, siguiendo la voluntad de ella y sus depravados deseos, siendo por nuestra conducta hijos de ira, como los demás; pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dió la gracia por Cristo" (*Eph.* 2, 1-5). Véase *Act.* 5, 16; 8-7; 16, 16-19; 26, 18. El que cree en Cristo no vive, pues, en el miedo a los demonios. Nada pueden éstos contra él si él mismo no lo quiere (*Eph.* 4, 27). El que vive en la fe y la humildad es invencible (*Sant.* 4, 7). En definitiva, el diablo mismo tiene que servir de instrumento de salvación al que vive en la fe de Cristo (*I Cor.* 5, 5; *II Cor.* 12, 7). Por encima de las amonestaciones se halla la palabra triunfal: no hay poder satánico alguno que sea capaz de separarnos de Cristo (*Rom.* 8, 39). A. Vonier (*Der Sieg Christi*, 1937, 68 y sigs.) resume adecuadamente las enseñanzas de la Sagrada Escritura con las siguientes palabras: "La tradición cristiana nos enseña que el príncipe de las tinieblas sabe bien que ha sido vencido; sabe bien que lucha por una causa perdida. Por consiguiente, el cristiano puede sentirse completamente superior al diablo y de ningún modo necesita temerle. El desprecio que los santos han manifestado por el demonio está en abierta oposición con su humildad y la desconfianza en las propias fuerzas. Hasta puede decirse que el burlarse del diablo es una forma de sano sentido católico de la vida. Sólo para el que no sabe observar bien pasará desapercibido lo que en realidad significa el hecho de que el católico se toma la libertad de ridiculizar al diablo. El mundo irredento teme a los malos espíritus. Aunque el culto del diablo estrictamente tal no sea muy frecuente, es cierto que está muy generalizada la veneración de ocultos poderes malignos. El verdadero cristiano no tiene nada que ver con Satanás. El servicio de Cristo y la servidumbre bajo Satanás son cosas que se excluyen como el día y la noche. El príncipe de las tinieblas no dispone de poder alguno sobre el alma cristiana. No puede ni perjudicarla ni seducirla." El que cree en Cristo se ha convertido en hijo del Padre celestial, del Señor todopoderoso. Ante la presencia de Dios, el miedo a los demonios se convierte en total indiferencia (Kittel, *Wörterbuch* . *in NT*, II, 16-20).

4. En la época de los Padres de la Iglesia encontramos a menudo la idea de que Satanás no quedó poco sorprendido al darse

cuenta de que su aparente victoria no había sido más que una total derrota. San Agustín acentúa que se dice del diablo que es como un león, no porque sea fuerte, sino porque está furioso (*Sermo 263*). Los Padres, no obstante, además de enseñarnos que el hombre, unido con Cristo, es invencible, nos advierten, al mismo tiempo, que debemos guardarnos bien de dejar entrar en nosotros al diablo mediante el pecado. En el *Pastor de Hermas*, precepto octavo (BKV, 214), podemos leer lo siguiente: “Teme al Señor, dijo él (el ángel de la penitencia), y guarda sus preceptos; porque si guardas los preceptos de Dios, serás poderoso en todas tus obras, y éstas serán incomparables. Porque en el temor del Señor lo harás todo debidamente. Este es el temor que tienes que tener para adquirir la salud. Al diablo no has de temerle; porque en el temor del Señor vencerás al diablo, pues éste no tiene poder alguno. A quien no tiene poder alguno no necesitamos temerle. El que tiene poder infunde temor; sólo el impotente pasa desapercibido, en general. Pero sí has de temer las obras del diablo, pues son malas. Ahora bien, si temes al Señor, temes también las obras del diablo, y no las ejecutas, sino que te mantienes alejado de ellas.” En el duodécimo precepto, cap. 6 (BKV, 227) se dice que nadie ha de temer las amenazas del diablo. Carecen de fuerza, ni más ni menos que los tendones de un muerto.

San Juan Crisóstomo dice (*Comentarios al Evangelio de San Mateo*, homilía 13, sección 4; BKV I, 218 y sig.): “¿Qué hacer, pues, dado este estado de cosas? No dar nunca crédito al diablo, no escucharle nunca, aborrecer sus adulaciones, y cuanto mayores sean las cosas que nos promete hacerle menos caso. Hizo caer a Eva y la proporcionó el mayor perjuicio precisamente en el mundo en que la hubo prometido tales cosas. El diablo es un enemigo irreconciliable y lucha encarnizadamente contra nosotros. Nosotros no pensamos tanto en nuestra salvación, cuanto él en nuestra perdición. Arrojámosle, pues, lejos de nosotros, y no sólo con palabras, sino también mediante las obras, no haciendo nunca lo que él nos aconseja que hagamos; de este modo haremos sólo lo que a Dios agrada. El diablo, es verdad, nos promete muchas cosas, pero no para dárnoslas sino para despojarnos de ellas. Nos promete una parte de su botín para arrebatarnos el reino celestial y su justicia. Extiende ante nosotros las riquezas de la tierra a modo de lazos y redes, pero lo hace solamente tratando de quitarnos tanto los tesoros de la tierra como los del cielo. Quiere hacernos ricos aquí abajo para que no poseamos nada allá arriba. Y si mediante la riqueza no consigue privarnos de nuestra herencia celestial, lo intenta de nuevo por el camino opuesto de la pobreza. Eso es lo que hizo con Job. Luego que hubo observado que con la riqueza no podía perjudicarlo, trató de seducirlo mediante la pobreza, esperando poder vencerle de este modo. ¿Hay nada más absurdo que esto? Porque el que es capaz de administrar la riqueza con moderación, mejor podrá tolerar magnánimemente la pobreza. El que

no pone su corazón en lo que posee, mucho menos anhelará lo que no tiene. Tampoco el bienaventurado Job lo hizo. Antes bien, su pobreza le ha proporcionado una fama tanto mayor. El maligno enemigo pudo arrebatarse sus posesiones y bienes, pero el amor a Dios no sólo no pudo quitárselo, sino que fué causa de que se hiciese más fuerte, y al despojarle de todo, sólo consiguió que resplandeciese con tanta mayor riqueza. Por eso, el diablo, finalmente, no supo qué hacer; porque cuantas más heridas le infligía, tanto más fuerte le veía después de cada una de ellas. Después de haber empleado todos los medios y de haberlo intentado todo, sin obtener el más mínimo resultado, echó mano de su vieja arma, es decir, de la mujer, y bajo la apariencia de compasión pinta con los tonos más conmovedores su desgracia y hace como si al darle el conocido y funesto consejo no pretendiese ninguna otra cosa que librarle de sus dolores. Pero tampoco de este modo pudo conseguir algo. El admirable varón reconoció su astucia y con mayor prudencia obligó a la mujer, por medio de la cual hablaba el diablo, a que se callara... También ahora adopta el diablo la misma actitud: se pone la máscara de la compasión y finge interesarse en nuestra suerte, insinuándonos funestos consejos, más dañinos que el veneno. La siguiente es su propia manera de proceder: nos adula para perjudicarnos; reprendernos para nuestro provecho, eso sólo lo hace Dios." San Cirilo de Jerusalén (XVI catequesis, sección 19; BKV, 300): "Mientras vive en el cuerpo, el hombre tiene que luchar con muchos y feroces enemigos. Pero repetidas veces ya, el demonio, a quien no se pudo sujetar mediante cadenas de hierro, ha sido vencido por el Espíritu. El simple soplo de los exorcismos actúa como fuego sobre el diablo invisible. Dios nos ha dado, pues, un conmelitón y defensor, un gran maestro de la Iglesia, un gran guardián, para que nos proteja. No temamos. ¡No temamos a los demonios y tampoco a los diablos! Pues más potente que ellos es el que lucha con nosotros." San León Magno (Sermo 48, sección 2.^a; BKV II, 54 y sig.); "En esta santa comunidad, carísimos oyentes, en la cual todos amamos y estimamos lo mismo, donde todos opinamos lo mismo, no tienen cabida el orgullo, la envidia y la ambición. Todo lo que sirve al vanidoso, al rencoroso, al lascivo, para satisfacer su vanidad, su odio, su incontinencia, tiene valor entre los partidarios de Satanás, no entre los que han concluído una alianza con Cristo. Todo eso está desterrado del círculo donde reina la piedad. Por eso rechina los dientes el "contradictor de la virtud" y el "enemigo de la paz". "Y porque no ha permanecido en la verdad", y porque ha perdido completamente su grandiosa situación a causa de su orgullo se enfurece al ver que el hombre ha sido redimido por la misericordia de Dios y que se le hayan atribuído los dones y gracias que él ha perdido. Nadie ha de admirarse de que "al causante de todo pecado" le produzca pena la rectitud de los que hacen obras buenas, ni de que le haga sufrir la constancia de aquellos a quienes no puede hacer caer. Pues hasta entre los hombres hay algunos que se han tomado como ejemplo a seguir las obras de su maldad. De ese modo, muchos se consumen de envidia al ver los progresos que otros hacen. Y porque saben que la virtud no encuentra complacencia en el vicio, se arman para luchar encarnecidamente contra aquellos cuyo ejemplo no quieren seguir. Al contrario, los servidores de Dios y los discípulos de la verdad aman aun a aquellos que no comparten las mismas opiniones y declaran la guerra a los vicios y no a los hombres, "no recompensando a nadie la maldad con maldad", sino tratando siempre de conseguir el mejoramiento de los que pecan."

5. En el transcurso del tiempo, la teología ha estudiado detenidamente la *esencia y formas de la posesión diabólica*. Aun en el más grave de los casos el diablo no puede dominar directamente el espíritu humano ni puede unirse con el yo del hombre hasta el punto de constituir una unión hipostática. Sólo a través del cuerpo y de los órganos corporales puede ejercer su influencia sobre el espíritu. Tampoco con el cuerpo del hombre puede unirse tan íntimamente como se une con él el alma. Sólo le mueve externamente. El poseso no es culpable de las acciones que ejecuta bajo la influencia del diablo o contra su voluntad. La posesión diabólica es siempre consecuencia del pecado, a saber, del pecado original, pero no es siempre el resultado de un pecado personal o castigo de un pecado. La posesión es una prueba, permitida por Dios, lo mismo que sucede con las demás tribulaciones. En lo que concierne a la existencia de posesiones diabólicas, la Iglesia cuenta con ellas, como se deduce de las oraciones (exorcismos) previstas para tales casos. Conviene proceder siempre con gran cautela. Muchas enfermedades presentan los mismos fenómenos que la posesión, o fenómenos parecidos. Véase Heyne, *Über Bessesenheitswahn bei geistigen Erkrankungs Zuständen*, 1904. Sólo en raros casos se podrá establecer una distinción neta entre posesión y enfermedad. Nos son tan poco conocidas las fuerzas ocultas del hombre, que en este terreno difícilmente podremos adquirir absoluta seguridad. Muchos fenómenos atribuidos en otros tiempos al diablo pueden explicarse hoy naturalmente. Sólo revelándonoslo Dios podríamos saber con absoluta seguridad que tras una determinada enfermedad se oculta el diablo. Los casos de posesión diabólica descritos en los Evangelios están garantizados por Cristo. Esta garantía nos falta en las posesiones extrabíblicas, presuntas o reales. La credulidad y las afirmaciones impremeditadas pueden exponer la religión al peligro de la ridiculez. La fe auténtica no necesita ni quiere impulsos o confirmaciones sensacionales, como lo sería el testimonio de los espíritus malignos. Con más claridad y seguridad que en los dudosos casos de posesión diabólica, sabe el cristiano estar en presencia de la incomprensible actividad de la maldad personal cuando ésta se manifiesta en la cruda y enigmática brutalidad de un hombre.